

del orden jónico, lo que desvanece no pocas objeciones. He aquí como amamos nosotros las antigüedades: exhibiendo pruebas de todo.

Después de haber visto las curiosidades de Angélo-Kipous, nos dirigimos á Occidente, y pasando entre Atenas y el monte Anquesmo, entramos en el gran bosque de olivos; mas, como hacia aquella parte no hay ruinas, dábamos únicamente un agradable paseo, entregados á los recuerdos de Atenas. Encontramos al Cefiso, que yo había saludado ya mas abajo al llegar de Eleusis; en aquella parte de su corriente tenia agua; pero esta agua, lo digo con disgusto, es un poco cenagosa, y sirve para regar jardines y mantener en sus márgenes una frescura muy escasa en Grecia. Retrocédimos luego, siempre á través del bosque de olivos, y dejamos á la derecha un montecillo pedregoso: era Colona, á cuyo pié veíase en otro tiempo el retiro de Sófoles, y el lugar donde este eminente trágico hizo derramar sus últimas lágrimas al padre de Antigone. Seguimos durante algun tiempo el camino de Metal, donde se ven aun los vestigios del templo de las Furias; desde este punto, y acercándonos á Atenas, vagamos bastante tiempo por las inmediaciones de la Academia. Ningun indicio da ya á conocer este asilo de los sabios: sus primeros plátanos han caído bajo el hacha de Sila; y los que Adriano hizo tal vez cultivar de nuevo, no se libraron del furor de otros bárbaros. Los altares del Amor, de Prometeo y de las Musas han desaparecido; nada resta del fuego divino en los bosquecillos donde tantas veces fue inspirado Platon. Dos hechos bastarán para dar á conocer el encanto y la grandeza que hallaban los antiguos en las lecciones de este filósofo: la víspera del día en que Sócrates recibió á Platon en el número de sus discípulos, soñó que un cisne iba á descansar sobre su seno; habiendo impedido la muerte á Platon concluir su *Critias*, Plutarco deplora esta desgracia, y compara los escritos del jefe de la Academia á los templos de Atenas, de los cuales el de Júpiter-Olimpico era el único que no había sido acabado.

Había transcurrido ya una hora de la noche cuando resolvimos regresar á Atenas; el cielo se mostraba tachonado de rutilantes estrellas; y en la atmósfera se advertían una suavidad, una transparencia y una pureza incomparables; nuestros caballos caminaban al paso, y nos habíamos entregado al mas profundo silencio. La senda que recorriamos era probablemente el antiguo camino de la Academia, poblado por los sepulcros de los ciudadanos que habían muerto en defensa de su patria, y los varones mas eminentes de la Grecia: allí descansaban Trasíbulo, Pericles, Cabrias, Timoteo, Armodio y Aristógon. Fue ciertamente una idea noble la de reunir en un mismo campo las cenizas de esos famosos personajes que vivieron en diferentes siglos, y que, semejantes á los miembros de una familia, dispersa desde mucho tiempo, habían ido á descansar en el regazo de su madre comun. ¡Qué diversidad de costumbres y virtudes se descubren allí, á una mera ojeada! Aquellas virtudes, templadas por la muerte, como esos vinos generosos que se mezclan, como dice Platon, con una divinidad sobria, no ofuscaban ya las miradas de los vivos. El pasajero que lee sobre una columna fúnebre estas sencillas palabras:

PERICLES, DE LA TRIBU ACAMÁNTIDA, DEL BURGO DE CHORLAGA,

solo experimenta ya admiración sin envidia. Ciceron, que nos representa á Atico vagando en medio de aquellos sepulcros, y poseído de un santo respeto á la vista de aquellas augustas cenizas, no podría hacernos hoy la misma pintura, porque los sepulcros han desaparecido. Los ilustres difuntos que los atenienses colocaron estramuros de su ciudad, como en sus avan-

zadas, no se han levantado para defenderla; han sufrido que la hollase la planta de los tártaros! «El tiempo, la violencia y el arado, dice Chandler, han nivelado todo.» El arado sobra aquí; y esta observación pinta mas al vivo la desolacion de la Grecia, que las reflexiones á que pudiera entregarme.

Quedábanme aun por ver en Atenas los teatros y los monumentos interiores de la ciudad: á esto consagré el día 26. He dicho ya, y nadie lo ignora, que el teatro de Baco estaba situado al pié de la ciudadela, al lado del Himeto. El Odéum, empezado por Pericles y concluido por Licurgo, hijo de Licofron, incendiado por Aristion y Sila, y reedificado por Ariobarzanes, estaba cerca del teatro de Baco; acaso se comunicaban por medio de un pórtico. Es probable que existiese en el mismo lugar otro teatro edificado por Herodes-Atico. Los escalones de este teatro se apoyaban en el declive de la montaña que les servia de base. Hay algunas dudas relativamente á estos monumentos, pues Estuart halla el teatro de Baco donde Chandler ve el Odéum.

Las ruinas de este teatro son de escasa importancia, y no escitaron mi atención, porque había visto en Italia otros monumentos del mismo género, mucho mas espaciosos y mejor conservados; asáltome, no obstante, una reflexion harto triste: en tiempo de los emperadores romanos, y cuando Atenas era aun la escuela del mundo, los gladiadores se entregaban á sus sangrientos juegos en el teatro de Baco, al paso que las obras maestras de Esquilo, Sófoles y Euripides habían dejado ya de representarse; el asesinato y la matanza habían substituido á esos espectáculos que inspiran una alta idea del entendimiento humano, y que forman los nobles solaces de las naciones cultas. Los atenienses corrían á presenciar aquellas crueldades con el mismo ardor con que habían corrido á las Dionisiacas. ¿Un pueblo que había subido á tanta altura, podía bajar tanto? ¿Qué era de aquel altar de la Piedad, que se veía en medio de la plaza pública de Atenas, y al cual iban los suplicantes á colgar cintas? Si los atenienses eran, como dice Pausanias, los únicos griegos que honraban la Piedad, y la miraban como el consuelo de la vida, ¿cuánto habían degenerado! En verdad, Atenas no había sido apellidada el *sagrado domicilio* de los dioses por sus combates de gladiadores. Acaso los pueblos, á semejanza de los hombres, son crueles en su decrepitud como en su infancia; acaso el genio de las naciones se agota; y cuando ha producido todo, recorrido todo, saboreado todo, saciado de sus obras maestras, é incapaz de producir otras nuevas, se embrutece y vuelve á ceder al dominio de las sensaciones meramente físicas. El cristianismo evitará que las naciones modernas terminen con tan deplorable vejez; pero si la religion llegase á desaparecer entre nosotros, no me admiraría de que el grito del gladiador moribundo resonase en la escena donde escuchamos hoy los dolores de Fedra y de Andrómaca.

Visitados los teatros, volvimos á la ciudad, donde dirigimos una mirada al Pórtico, que formaba quizá la entrada del Agora. Detuvimos en la torre de los Vientos, de que no ha hablado Pausanias; pero que nos han dado á conocer Vitruvio y Varron. Espon da todos sus pormenores con la esplicacion de los vientos; y todo el monumento ha sido descrito por Estuart en sus *Antigüedades de Atenas*; Francisco Giambetti lo había dibujado en 1463, época del renacimiento de las artes en Italia. En tiempo del padre Babin, esto es, en 1672, se creía que la torre de los Vientos era el sepulcro de Sócrates. Paso en silencio algunas ruinas del orden corintio, que algunos toman por el Pecilo, por los restos del templo de Júpiter-Olimpico, por el Pritaneo, y que acaso no pertenecen á ninguno de estos edificios. Lo que hay de seguro es que no pertenecen al tiempo de Pericles. Adviértese en ellas la

grandeza, pero tambien la inferioridad romanas: todo lo que los emperadores han tocado en Atenas se reconoce al primer golpe de vista, y forma un notable propósito con las grandes obras del siglo de Pericles. Por último, fuimos al convento francés á devolver al único religioso que lo ocupa, la visita que me había hecho. He dicho ya que el convento de nuestros misioneros comprende en sus dependencias el monumento corágico de Lisicrates, en el que acabé de pagar mi tributo de admiración á las ruinas de Atenas.

Esta elegante producción del genio griego fue conocido de los primeros viajeros con el nombre de *Fanari tou Demosthenis*. «En la casa que há poco tiempo compraron los padres capuchinos, dice el jesuita Babin, en 1672, hay una antigüedad muy notable, que desde el tiempo de Demóstenes subsiste íntegro, y se le denomina ordinariamente *la Linterna de Demóstenes* (1).»

Háse reconocido después, y Espon el primero, que es un monumento corágico levantado por Lisicrates en la calle de los Trípodas. Mr. Legrand presentó su modelo en barro en el patio del Louvre no há muchos años (2); este modelo era muy semejante; pero el arquitecto, para dar sin duda mas elegancia á su trabajo, había suprimido la pared circular que llena los intercolumnios en el monumento original.

En verdad, no es uno de los caprichos menos pasmosos de la fortuna el haber alojado un capuchino en el monumento corágico de Lisicrates; pero lo que á primera vista pudiera parecer extraño, llega á ser tierno y respetable cuando se piensa en los felices resultados de nuestras misiones; cuando se piensa que un fraile francés concedía en Atenas hospitalidad á Chandler, en tanto que otro fraile francés socorria á otros viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del África y de la Tartaria.

«Los francos, dice Espon, solo tienen en Atenas la capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tou Demosthenis*. Cuando estuve en Atenas solo había allí el padre Serafin, hombre muy honrado, á quien un turco de la guarnicion robó cierto día su cinturón de cuerda, ya fuese por malicia, ya por efecto de embriaguez, habiéndole encontrado en el camino del *Puerto-Leon*, de donde volvía solo de visitar algunos francos de una tartana anclada allí.

«Los padres jesuitas residían en Atenas antes que los capuchinos, y nunca fueron expulsados de ella, habiéndose retirado á Negroponto, porque hallaron mas ocupación y porque había mas franceses que en Atenas. Su hospicio estaba casi á la estremidad de la ciudad, hacia la casa del arzobispo. Por lo que toca á los capuchinos, se han establecido en Atenas desde 1658, y el padre Simon compró en 1669, el *Fanari* y la casa contigua donde había otros frailes de su orden antes de él en la ciudad.»

A estas misiones, por tanto tiempo disfamadas debemos, pues, todavía nuestros primeros conocimientos acerca de la Grecia antigua. Ningun viajero había abandonado aun sus hogares para visitar el Parténon, cuando ya unos religiosos desterrados sobre estas famosas ruinas, esperaban cual nuevos dioses hospitalarios al anticuario y al artista. Los sabios preguntaban qué era de la ciudad de Cécrops; y en París había en el noviciado de Santiago un padre Bernabé, y en Compiègne un padre Simon que hubieran podido darle noticias de ella; pero no hacían alarde de su ciencia; y retirados al pié del crucifijo, ocultaban en la

humildad del claústro lo que habían aprendido, y sobre todo lo que habían sufrido por espacio de veinte años en las ruinas de Atenas.

«Los capuchinos franceses, dice La Guilletiere, que han sido llamados á la mision de la Morea por la congregacion de *Propaganda Fide*, tienen su principal residencia en Napoli, en razon á que las galeras de los beyes van á invernar á este punto, donde permanecen por lo regular desde el mes de noviembre hasta la festividad de San Jorge, dia en que vuelven al mar: estas galeras están llenas de forzados cristianos, que necesitan ser instruidos y alentados; en esto se ocupa con tanto celo el padre Bernabé de Paris, actual superior de la mision de Atenas y la Morea.»

Empero, si estos religiosos, á su regreso de Esparta y Atenas eran tan modestos en sus claústros, consistía acaso en que no habían conocido á fondo lo que la Grecia encierra de maravilloso en sus recuerdos; acaso carecían tambien de la instruccion necesaria; quien así lo creyese, oiga al jesuita Babin, á quien debemos la primera relacion que poseemos de Atenas.

«En muchos libros, dice, podriais encontrar la descripción de Roma, Constantinopla, Jerusalém y otras ciudades las mas importantes del mundo, tal como se hallan actualmente; pero no sé que libro describe á Atenas tal como yo la he visto; y no sería posible hallar esta ciudad si se la buscase como se representa en Pausanias y algunos otros autores antiguos; pero aquí la ven en el mismo estado en que hoy se encuentra, que es tal, que en medio de sus ruinas no deja sin embargo de inspirar cierto respeto, así á las personas piadosas que visitan sus iglesias, como á los sabios que la reconocen por madre de las ciencias, y á los hombres guerreros y generosos que la consideran como el campo de Marte, y el teatro donde los mas grandes conquistadores de la antigüedad han hecho célebre su valor y mostrado con brillo su esfuerzo, valor é ingenio; y finalmente, estas ruinas son preciosas porque señalan su primitiva nobleza y demuestran que ha sido en otro tiempo el objeto de la admiración del universo.

«Por lo que á mí respecta, os confieso que cuando la descubrí desde lejos en el mar, con anteojos de larga vista, y cuando ví gran número de soberbias columnas de mármol que se mostraban á lo lejos, dando claro testimonio de su antigua magnificencia, me sentí penetrado de algun respeto hacia ella.

El misionero pasa luego á la descripción de los monumentos: mas feliz que nosotros, había visto íntegro el Parténon.

Por último, ¿esa compasión á los griegos, esas ideas filantrópicas de que hacemos ostentación en nuestros Viajes, eran desconocidas de los religiosos? Continuemos escuchando al padre Babin:

«Si Solon decía en otro tiempo á uno de sus amigos, al mirar desde la cima de un monte esa gran ciudad y ese considerable número de magníficos palacios de mármol que á su vista se dilataban, que aquello era un vasto pero rico hospital, lleno de tantos miserables cuantos eran sus habitantes, yo tenia mucho mas motivo de espresarme en iguales términos, y decir que esta ciudad, reconstruida con las ruinas de sus antiguos palacios, no es ya otra cosa que un grande y pobre hospital que contiene tantos miserables cuantos cristianos la habitan.»

El lector me perdonará esta digresion. Ningun viajero antes que yo, exceptuando Espon, ha tributado justicia á estos misioneros de Atenas, tan interesantes para un francés; yo mismo las he olvidado en el *Genio del Cristianismo*. Chandler apenas habla del religioso que le dió hospitalidad, y no sé si se digna nombrarlo una sola vez. Yo, gracias á Dios, soy superior á estos mezquinos eserpulos. Cuando se me ha dispensado un favor lo publico; además, no me avergüenzo por el arte, pues no conceptuó deshonrado el monumento

(1) Parece que en 1669 existía en Atenas otro monumento llamado *la Linterna de Diógenes*. Guillet aduce, hablando de este monumento, el testimonio de los padres Bernabé, Simon, y MM. de Monceaux y Lainez. Véase la *Introduccion*.
(2) Este monumento ha sido ejecutado después en Saint-Cloud.

de Lisicrates por constituir parte del convento de un capuchino. El cristiano que conserva este monumento, consagrándolo á las obras de la caridad, me parece respetable como el pagano que lo erigió en recuerdo de una victoria obtenida en un certámen de música.

Así di fin á mi visita á las ruinas de Atenas, que recorrí metódicamente y con la inteligencia y la práctica que diez años de residencia y de trabajo daban á Mr. Fauvel. Este me habia economizado todo el tiempo que se pierde en tantear, dudar ó inquirir, cuando se llega solo á un mundo nuevo. Había, pues, adquirido ideas claras acerca de los monumentos, del cielo, del sol, de las perspectivas, de la tierra, del mar, de los rios, de los bosques y de las montañas del Ática; podia ya corregir mis cuadros, y dar á mi pintura de estos célebres lugares el respectivo colorido de localidad (1). Restábame ya únicamente proseguir mi camino, pues mi objeto principal era llegar á Jerusalén; y, ¡cuánto camino tenia aun delante de mí! La estacion adelantaba, y podia no encontrar, si me detenía mas tiempo, el buque que trasporta todos los años de Constantinopla á Jafa los peregrinos de Jerusalén. Tenia grandes motivos para creer que mi bajel austriaco no me esperaba ya en la punta del Ática; pues viendo que no llegaba, se habria dado á la vela con rumbo á Esmirna. Mi huésped halló fundadas mis razones, y me trazó el camino que debia seguir. Aconsejome me trasladase á Keratia, pequeña poblacion del Ática, situada al pié del Laurium, á corta distancia del mar y en frente de la isla de Zea. Cuando hayais llegado, me dijo, á esa poblacion, se encenderá una hoguera en una montaña; y los bajeles de Zea, acostumbrados á esta señal, pasarán al punto á la costa del Ática. Entonces os embarcareis para el puerto de Zea, donde hallareis tal vez el buque de Trieste, y en todo evento os será fácil fletar en Zea un falucho para Chio ó Esmirna.

Yo no debia desechar los partidos ventajosos: un hombre que por el mero deseo de hacer una obra un poco menos defectuosa, emprende el viaje que yo habia emprendido, no es descontentadizo en punto á eventualidades y accidentes. Érame preciso partir, y no podia salir del Ática sino por el indicado medio, puesto que no habia bajel alguno con rumbo al Pireo (2). Resolví, pues, realizar sin demora el plan que se me proponia; Mr. Fauvel queria detenerme algunos dias mas; pero el temor de malograr la estacion oportuna del paso á Jerusalén, prevaleció sobre todas las demás consideraciones. Los vientos del Norte solo debian ya soplar seis semanas; y si llegaba muy tarde á Constantinopla, me espondia á quedar encerrado en ella por el viento de Poniente.

Despedí al genizaro de Mr. Vial, despues de pagarle y entregarle una carta de gracias á su amo. Nunca nos separamos sin pena, despues de un viaje algo peligroso, de los companeros con quienes hemos vivido durante algun tiempo. Cuando vi al genizaro montar solo á caballo, desearme un feliz viaje, tomar el camino de Eleusis, y alejarse por un camino diametralmente opuesto al que me disponia á seguir, me sentí involuntariamente conmovido. Seguiale con la vista, pensando que iba á ver solo los desiertos que habiamos visto juntos; asaltábame asimismo la idea de que según todas las probabilidades, aquel turco y yo no volveriamos á encontrarnos, ni oiriamos hablar jamás el uno del otro. Representéme el destino de aquel hombre, tan diferente del mio, y sus pesares y placeres tan diferentes de los míos; y todo esto para llegar al mismo lugar; él, á los hermosos y vastos cementerios

(1) Véanse los *Mártires*.

(2) Las turbulencias de la Romelia hacian imposible por tierra el viaje á Constantinopla.

de la Grecia; yo, á los caminos del mundo ó á los arabales de alguna ciudad.

Esta separacion tuvo lugar el mismo dia en que visité el convento francés, porque el genizaro habia recibido la órden de hallarse dispuesto para volver á Coron. Partí aquella noche para Keratia, con José y un ateniense que iba á visitar á sus padres á Zea, y que nos sirvió de guia. Mr. Fauvel me acompañó hasta la puerta de la ciudad, donde nos abrazamos afectuosamente, deseando volver á hallarnos en breve en nuestra patria comun. Encarguéme de la carta que me entregó para Mr. de Choiseul, pues llevarle nuevas de Atenas era llevarse las de su patria.

Érame agradable abandonar á Atenas de noche, pues me hubiera ocasionado mucha pena alejarme de sus ruinas á la luz del sol; á lo menos, á imitacion de Agar, no veia lo que perdía para siempre. Solté la brida sobre el cuello de mi caballo; y siguiendo al guia y á José, me abandoné á mis reflexiones, que durante todo el camino, me ocuparon con una fantasía asaz estraña: figurábame que el Ática me habia sido entregada en soberanía, y que hacia publicar por toda Europa que todo aquel que, cansado de revoluciones, desease hallar la paz, viniese á consolarse en las ruinas de Atenas, donde prometia reposo y seguridad; abria caminos, construia posadas, preparaba todo género de comodidades á los viajeros, y compraba un puerto en el golfo de Lepanto, para hacer mas corta y espedita la travesía de Otranto á Atenas. Ya se conocerá que no me olvidaba de los monumentos: las obras maestras de la ciudadela eran reedificadas con arreglo á sus planos y á sus ruinas; y la ciudad, circunvalada de fuertes murallas, quedaba al abrigo de la rapacidad de los turcos. Fundaba además una universidad, á donde los naturales de todos los paises europeos irian á aprender el griego literario y el vulgar. Invitaba á los hidriotas á establecerse en el Pireo, y vedme ya señor de una regular marina. Las desnudas montañas se cubrian de pinos, para que mis rios volviesen á recobrar sus aguas; protegia la agricultura, y multitud de suizos y alemanes se mezclaban con mis albaneses; y practicándose diarios descubrimientos, Atenas salia del sepulcro. Al llegar á Keratia, salí de mi sueño, y me encontré tal cual era pocos momentos antes.

Habiamos dado la vuelta al Himeto, al pasar al Mediodia del Pentélico; luego, bajando hácia el mar, entramos en el camino del monte Laurium, donde los atenienses tenian en otro tiempo sus minas de plata. Esta parte del Ática nunca fue célebre; entre Falerio y el cabo Sunio se hallaban muchas ciudades y caserios, como Anafisto, Azenia, Lampra, Anagiro, Alimo, Thorca, Axone, etc. Wheler y Chandler hicieron escursiones poco fructuosas en estos abandonados lugares; y Mr. Lechevalier atravesó el mismo desierto al desembarcar en el cabo Sunio, para trasladarse á Atenas. El interior de este país era aun menos conocido y habitado que las costas; y no puedo señalar origen á Keratia, situada en un valle bastante fértil, entre unas montañas que la dominan por todas partes, y cuyas faldas están pobladas de sauces, romeros y mirtos. El centro del valle está cultivado, y las propiedades están divididas en él, como lo estaban antiguamente en el Ática, por medio de cercas de árboles (3). Las aves abundan en este país, especialmente las abubillas, los pichones-remeros, las perdices encarnadas y las cornejas. La poblacion consiste en una docena de casas, bastante limpias y separadas unas de otras. En la montaña se ven rebaños de cabras y carneros; y en el valle muchos cerdos, asnos, caballos y algunas vacas.

El 27 nos apeamos en casa de un albanés conocido de Mr. Fauvel; y luego me dirigí á una altura al

(3) Como lo están en Bretaña é Inglaterra.

Oriente de la poblacion, para descubrir el bajel austriaco; pero solo vi el mar y la isla de Zea. Al ponerse el sol, encendimos una hoguera de mirtos y malezas en la cresta de una montaña. Un cabrero, apostado en las costa, debia venir á anunciarnos las naves de Zea, al punto que las descubriese. La costumbre de las señales por medio del fuego asciende á la mas remota antigüedad, y ha proporcionado á Homero uno de los símiles mas hermosos de la *Iliada*:

Asi se ve alzarse una humareda sobre la cúspide de las torres de una ciudad sitiada, etc.

Al volver á la siguiente mañana á la montaña de las señales, acompañado de mi escopeta, me entretuve en cazar; mas siendo las doce, me acometió una fuerte insolacion. El termómetro habia señalado constantemente 28° durante mi permanencia en Atenas (1). El mapa mas antiguo de la Grecia, el de Sofian, coloca á su capital entre los 37°, 10' á 12'; Ver-non hizo subir esta latitud á 38°, 5'; y Mr. de Chabert la ha determinado al fin en 37°, 58', 1"; para el templo de Minerva (2). Fácil es conocer que á Mediodia, en el mes de agosto y en tal latitud el sol debe ser abrasador. Aquella noche, al acabar de tenderme en una estera, envuelto en mi capa, advertí que mis ideas se desconcertaban. Nuestra morada, por otra parte, no era muy cómoda para un enfermo; pues acostado en el suelo en el único aposento, ó por mejor decir, en el zaguan de nuestro huésped, apoyábamos la cabeza en la pared: yo estaba tendido entre José y el jóven ateniense, y los enseres domésticos estaban colgados sobre mi cabeza; de modo que la hija de mi huésped, este y sus criados, nos pisoteaban cuando iban á tomar ó á colgar algun utensilio á las paredes.

Si alguna vez he tenido en mi vida un momento de desesperacion, creo fue aquel en que, acometido de una intensa calentura, conocí que mi cabeza se trastornaba y que caia en el delirio: mi impaciencia redobló mi mal. ¡Verme súbitamente detenido en mi viaje por aquel contratiempo! ¡Detenerme la calentura en Keratia, en un lugar desconocido y en la cabaña de un albanés! ¡Si á lo menos hubiese permanecido en Atenas, y muerto en el lecho de honor, viendo el Parténon! Pero aun cuando aquella calentura no tuviese consecuencias graves; aun cuando durase algunos dias, ¿no habia frustrado mi viaje? Los peregrinos de Jerusalén habrian partido, una vez pasada la estacion oportuna. ¿Qué sería de mí en el Oriente? ¿Cómo ir por tierra á Jerusalén, ó cómo esperar otro año? La Francia, mis amigos, mis proyectos, mi obra, que dejaria sin concluir, ocupaban alternativamente mi memoria. José no dejó en toda la noche de darme á beber cántaros de agua, que no bastaban á calmar mi sed. El suelo que me servia de cama, estaba empapado en mi sudor, y esto fue lo que me salvó. Esperimentaba á ratos un verdadero delirio: cantaba la cancion de Enrique IV, lo cual desconsolaba á José, que decia: *O Dio! che questo? Il signor canta! Poveretto!*

La calentura cedió el 26, á las nueve de la mañana, despues de haberme atormentado diez y siete horas. Si hubiese sufrido otro acceso de la misma intensidad, creo que no lo hubiera resistido. El cabrero volvió con la triste nueva de que ningun bajel de Zea se habia presentado á la vista. Hice un esfuerzo, y escribí algunas palabras á M. Fauvel, pidiéndole me enviase un caique, que tomándome en el lugar de la costa mas inmediato al punto donde me hallaba, me trasla-

(1) Mr. Fauvel me dijo que el calor subia muchas veces á 32 y 34°.

(2) Respecto de esta latitud, puede leerse una erudita disertacion inserta en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*.

dase á Zea. Mientras escribia, mi huésped me referia una larga historia, y solicitaba mi proteccion cerca de M. Fauvel; procuré satisfacerle, pero mi cabeza estaba tan débil que casi no veia lo que escribia. El jóven griego marchó á Atenas con mi carta, encargándose de conducir un barco, si lograba hallarlo.

Pasé aquel dia tendido en mi estera; todos habian ido al campo, y el mismo José habia salido, no quedando sino la hija de mi huésped, jóven de diez y siete á diez y ocho años, bastante linda, que llevaba los piés descalzos y los cabellos cargados de medallas y picecitas de plata. No hacia el menor caso de mí, pues trabajaba como si yo no estuviese. La puerta estaba abierta, y los rayos del sol entraban por ella, siendo aquel el único punto iluminado del aposento. De tiempo en tiempo cedía al sueño; y al despertar veia siempre á la albanesa, arreglando sus cabellos ó alguna parte de su traje. Yo le pedia algunas veces agua: ¡Nero! y me traia un vaso lleno de ella; cruzando entonces los brazos, esperaba con paciencia á que acabase de beberla, y hecho esto, me preguntaba: *Kalo?* «¿es buena?» y volvía á sus trabajos. No se oia otro rumor en el silencio del medio dia, que el de los insectos que zumbaban en la cabaña, y el canto de los gallos que resonaba por fuera. Yo sentia mi cabeza vacía, como sucede despues de una prolongada calentura; mis ojos debilitados veian cruzar multitud de centellas y ráfagas de luz en mi derredor; mis ideas eran confusas pero apacibles.

El dia trascurrió así, pero aquella velada me sentí mucho mas aliviado; me levante y dormí bien la noche siguiente, y en la mañana del 29 el griego volvió con una carta de M. Fauvel, alguna quina, vino de Málaga y buenas noticias. Merced á una gran casualidad, habiase hallado un barco, que habia zarpado de Falerio con un viento favorable, y me esperaba en una pequeña bahía, á dos leguas de Keratia; he olvidado el nombre del cabo, donde en efecto hallamos el barco. Hé aquí la carta de M. Fauvel:

A M. M. DE CHATEAUBRIAND,

AL PIE DEL LAURIUM,

EN KERATIA.

Atenas, 28 de agosto de 1806.

MI MUY QUERIDO HUÉSPED:

«He recibido la carta que me habeis dispensado el honor de escribirme. He visto con sentimiento que los vientos alisios de nuestras regiones os detienen en la pendiente del Laurium; que las señales no han podido obtener respuesta, y que la calentura, unida á los vientos, aumentaban los inconvenientes de la permanencia en Keratia, situada en el lugar de algunas pequeñas poblaciones, que dejó á vuestra erudicion el cuidado de hallar. Para obviar una de vuestras incomodidades, os envio algunas tomas de la mejor quina que se conoce, y la mezclareis en un vaso de vino de Málaga, que es uno de los mas esquisitos, y lo tomareis en los momentos en que os veais libre de calentura, antes de comer. Responderia de vuestra curacion, si aquella fuese una enfermedad, pero la medicina no ha resuelto aun este problema. Por lo demás, ya sea enfermedad, ya efervescencia necesaria, os aconsejo que no la lleveis á Ceos. Os he fletado, no una trirreme del Pireo, sino una *cuatrireme*, en cuarenta pesos fuertes, habiendo recibido como en prenda cinco y medio. Dareis al capitán cuarenta y cinco pesos; el jóven compatriota de Simónides os los entregará, pues va á salir despues de la música de que vuestros oidos se acuerdan todavía. Me ocuparé de vuestro protegido, que no obstante es un hombre brutal; nunca debemos á apalearlo

»nada, y mucho menos á las jóvenes; yo mismo no he tenido motivo alguno de quedar satisfecho de él en mi último tránsito por esa. Aseguradle, no obstante, que vuestra recomendación tendrá todo el éxito que debe esperar. Veo con dolor que un exceso de fatiga y un insomnio forzoso os han acarreado la calentura, y que nada se ha adelantado. Tranquilo aquí, mientras los vientos alisios detienen vuestro bajel, Dios sabe donde, hubiésemos visitado á Atenas y sus inmediaciones, sin ver á Keratia, sus cabras y sus ruinas, y hubiérais zarpado del Pireo con rumbo á Ceos, á despecho del viento. Os ruego me deis noticias de vuestra persona, y que procureis volver á Francia por Atenas. Venid á presentar algunas ofrendas á Minerva, para vuestro feliz regreso, y vivid persuadido de que el mayor obsequio que podeis dispensarme es venir á amenizar nuestra soledad. Aceptad las seguridades, etc.

(FAUVEL.)

Era tal la aversión con que miraba á Keratia, que anhelaba con ansia alejarme de ella. Esperimentaba escalofríos, y temía un nuevo acceso de calentura, por lo que no vacilé en tomar una triple dosis de quina. He creído siempre que los médicos franceses administran este medicamento con demasiada precaución y timidez. Trajéronnos caballos, y partiendo con un guía, en menos de media hora sentí que los síntomas del nuevo acceso se disipaban, y recobré todas mis esperanzas. Nos dirigíamos al Poniente por un estrecho valle que se extendía entre unas montañas estériles. Después de una hora de marcha, bajamos á una hermosa llanura que parecía muy fértil; cambiando entonces de dirección, caminamos directamente hácia el Mediodía á través de la llanura, y llegamos á unas tierras elevadas que formaban, sin que yo lo supiese, los promontorios de la costa, porque, después de haber pasado un desfiladero, descubrimos de repente el mar y nuestro barco amarrado al pie de una roca. Al verlo, me creí libertado del mal genio que había intentado sepultarme en las minas de los atenienses, tal vez en castigo de mi desprecio á Plutón.

Entregamos los caballos al guía, y saltamos al barco, tripulado por tres marineros; estos desplegaron las velas, y favorecidos por un viento del Mediodía, hicimos rumbo hácia el cabo Sunio. No sé si zarpábamos de la bahía, llamada, según M. Fauvel, *Anaviso*; pero no vi las ruinas de las nueve torres Enneapirgia, donde Wheler descansó al volver del citado cabo. La Azinia de los antiguos debía hallarse poco más ó menos en aquel lugar. A las seis de la tarde pasamos por la isla de los Asnos, antiguamente isla de Patroclo; y al ponerse el sol entramos en el pequeño puerto de Sunio, que está resguardado por el peñasco que sostiene las ruinas del templo. Saltamos á tierra, y subí al cabo. Los griegos no eran menos inteligentes en lo relativo á la elección de los sitios de sus edificios, que en la arquitectura de estos. Así es que la mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Ática, de la Jonia y de las islas del Archipiélago, estaban marcados con templos, trofeos ó sepulcros. Estos monumentos, rodeados de bosques y de peñascos, vistos en todos los accidentes de la luz, ora en medio de las nubes y del relámpago, ora alumbrados por el rayo de la luna, por el sol en su ocaso, por la aurora, debían revestir las costas de la Grecia de incomparable hermosura: la tierra, decorada con esta magnificencia, presentábase á los ojos del navegante con los rasgos y atributos de la vieja Cibeles, que coronada de torres, y magestuosamente sentada en la playa, mandaba á su hijo Neptuno esparcir las olas á sus pies.

El Cristianismo, institución á que debemos la única arquitectura conforme con nuestras costumbres, nos había enseñado también á colocar nuestros verdaderos monumentos: nuestras capillas, nuestras abadías y

nuestros monasterios estaban dispersos por los bosques y en la cima de las montañas; no porque la elección de los lugares fuese siempre un plan premeditado del arquitecto, sino porque un arte, cuando está en consonancia con las costumbres de un pueblo, lleva naturalmente sus obras á la posible perfección. Obsérvese, por el contrario, cuan mal colocados están en su mayor parte, nuestros edificios imitados de la antigüedad. ¿Cuándo hemos pensado, por ejemplo, en adornar la única altura que domina á París? Solo la religión había pensado en ello por nosotros. Los monumentos griegos modernos se asemejan á la lengua corrompida que se habla actualmente en Esparta y Atenas: en vano se asegura que es la lengua de Homero y de Platon, porque una mezcla de palabras toscas y de construcciones extranjeras revela á cada paso la sintaxis de los bárbaros.

Estas reflexiones hacia á la vista de las ruinas del templo de Sunio; monumento del orden dórico, y del buen tiempo de la arquitectura. Descubrí en lejanía el mar del Archipiélago con todas sus islas: el sol en su ocaso doraba las distantes costas de Zea y las catorce hermosas columnas de mármol á cuyo pie me había sentado. Los sauces y los enebros esparcían en torno de las ruinas sus aromas, y el murmullo de las olas era casi imperceptible.

Como el viento había cesado, nos fue preciso esperar otra brisa; nuestros marineros se acostaron en su barca y se durmieron, pero José y el joven griego se quedaron á mi lado. Después de haber comido y hablado durante algún tiempo, tendiéronse en el suelo y entregáronse también al reposo. Envolví mi cabeza en la capa para preservarme del rocío, y apoyando la espalda en una columna, preferí al sueño la tranquila contemplación del cielo y del mar.

Al más hermoso ocaso había sucedido la noche más hermosa. El firmamento, reproducido en las olas, parecía descansar en el seno de los mares. La estrella vespertina, mi constante compañera de viaje, estaba próxima á trasponer el horizonte, y solo se dejaba ya ver por los largos rayos que deslizaba de tiempo en tiempo sobre las aguas, á la manera de una luz que se estingue. A intervalos, unas brisas fugaces desfiguraban en la inmensa superficie de las aguas, la brilladora imagen del cielo, agitaban las constelaciones, é iban á espirar entre las columnas del templo con apagado murmullo.

No obstante, espectáculo tan soberbio era muy triste para mí al pensar que lo contemplaba en medio de las ruinas. En mi derredor miraba los sepulcros, el silencio, la destrucción y la muerte, ó algunos marineros griegos, que dormían sin cuidados y sin ilusiones sobre los mudos escombros de la Grecia. Iba á dejar para siempre esta tierra sagrada: llena mi alma de la idea de su pasada grandeza y de su actual abyección, me reproducía el cuadro que tanto acababa de afligirme.

No soy uno de esos entusiastas admiradores de la antigüedad, á quienes un verso de Homero consuela de todo. Nunca he podido entender el sentimiento que Lucrecio espresa en estos versos:

Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem.

Lejos de serme grato el contemplar desde la playa el naufragio de los demás, sufro cuando veo sufrir á otros hombres; las Musas no tienen entonces ningún poder sobre mí, á no ser aquella que atrae la compasión sobre la desgracia. ¡No permita Dios que me entregue hoy á esas declamaciones que tanto daño han causado á nuestra patria! pero si alguna vez hubiese creído, como ciertos hombres, cuyo carácter y talentos respeto por otra parte, que el gobierno absoluto es el mejor de todos los gobiernos, algunos meses de

residencia en Turquía me hubieran curado de semejante opinión.

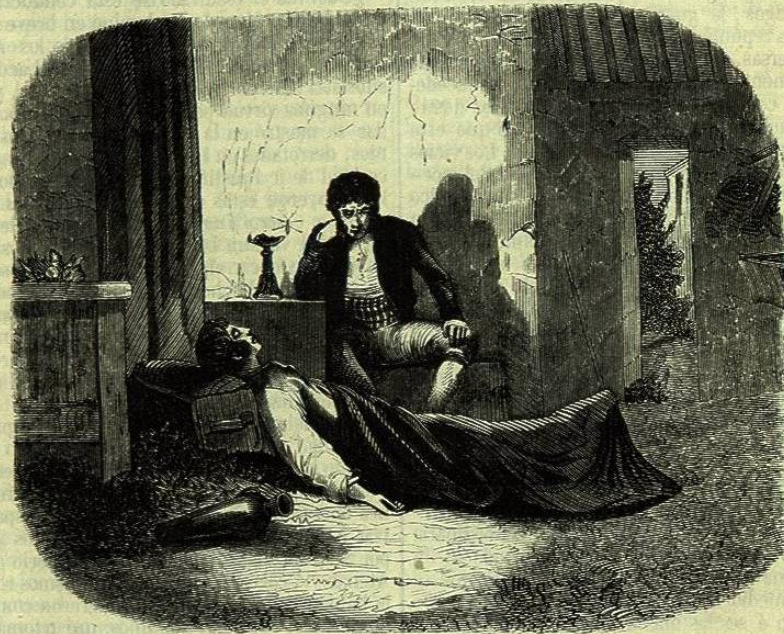
Los viajeros que se limitan á recorrer la Europa civilizada son harto felices, pues no se internan en esos países, célebres un día, donde su corazón se dilacera á cada paso, y donde las ruinas vivas desvían á cada instante la imaginación de las ruinas de mármol y granito. En vano es pretender entregarse á ilusiones en la Grecia actual, pues la triste realidad le persigue sin tregua. Los tugurios de barro seco, más á propósito para servir de manida á los animales que de habitación á los hombres; las mujeres y los niños cubiertos de harapos, que huyen al acercarse el extranjero y el genizaro; las cabras, que asustadas también, se dispersan en la montaña, y los perros, únicos que les reciben inmóviles, prorumpiendo en lamentos: he aquí la escena que arranca su mente al encanto de los recuerdos.

El Peloponeso está desierto: desde la guerra de los rusos el yugo de los turcos se ha hecho más insoportable sobre los moraitas, y los albaneses han estermi-

nado mucha parte de la población. No se ve por donde quiera sino aldeas destruidas por el hierro y el fuego; en las ciudades, como en Misitra, han sido abandonados arrabales enteros; muchas veces he recorrido quince leguas por los campos, sin encontrar una sola habitación. Las más irritantes depredaciones, los ultrajes de todo género acababan de destruir por todas partes la agricultura y la vida; espulsar á un paisano de su cabana, apoderarse de su mujer y sus hijos, y darle muerte por el más fútil pretexto, es un pasatiempo para el menor agá de la más insignificante aldea.

En el último grado del infortunio, el infeliz moraita se arranca á su país, y va á buscar al Asia una suerte menos impropia. ¡Vana esperanza! no le es dado eludir su aciago destino: vuelve á hallar cadís y pachás hasta en las arenas del Jordán y en los desiertos de Palmira!

El Ática, aunque algo menos miserable, no por ello es menos esclava: Atenas está bajo la protección inmediata del jefe de los eunucos negros del serrallo. Un



JOSÉ PRODIGANDO SUS DESVELOS Á MR. DE CHATEAUBRIAND.

disdar ó gobernador representa al monstruo protector cerca del pueblo de Solon. Este disdar habita la ciudadela, llena de las obras maestras de Fidias y de Ictino, sin preguntar qué pueblo ha dejado estos despojos, sin dignarse salir de la choza que se ha construido al pie de las ruinas de los monumentos de Pericles; algunas veces, el tirano autómatas se asoma á la puerta de su madriguera: siéntase, cruzando las piernas, sobre un sucio tapiz, y mientras el humo de su pipa sube á través de las columnas del templo de Minerva, pasea estúpidamente sus miradas por las costas de Salamina y el mar de Epidauró.

Pudiera creerse que la Grecia ha querido anunciar con su luto la desgracia de sus hijos. En general el país está inculto; su suelo se presenta desnudo, monótono, salvaje, y de un color amarillo y marchito. No lo bañan ríos, propiamente dichos, sino unos esca-

ros arroyos y torrentes que se secan durante el estío. Casi ninguna quinta se descubre en los campos; no se ven labradores, no se advierten carretas ni yuntas de bueyes. Nada es tan triste como el no poder descubrir nunca la huella de una rueda moderna, donde se percibe aun en el peñasco la huella de las ruedas antiguas. Algunos aldeanos, cubiertos con una túnica y un gorro encarnado como los que usan los forzados en Marsella, dan á su paso un triste *kali spera* (buenos días), aguijoneando delante de sí unos jumentillos y miseros caballos, de desgredadas crines, que les bastan para trasportar su pobre ajuar campestre y el producto de su viña. Ceñid esta devastada tierra de un mar casi igualmente solitario; colocad sobre el declive de un peñasco, un harapiento centinela de caballería, ó un convento abandonado; un minarete que descuella en medio de la soledad, triste nuncio

de la esclavitud; un rebaño de cabras ó de carneros que atraviesa un cabo, entre unas destrozadas columnas; el turbante de un viajero turco que pone en fuga á los cabreros y hace mas desierto el camino, y tendreis una idea bastante cabal del cuadro desgarrador que presenta la Grecia.

Háanse investigado las causas de la decadencia del imperio romano; y pudiera en verdad escribirse una interesante obra sobre las causas que han precipitado la caída de los griegos. Atenas y Esparta no sucumbieron por las mismas razones que dieron por resultado la ruina de Roma, pues no se vieron abrumadas por su propio peso y por la grandeza de su imperio. Tampoco puede decirse que perecieron por sus riquezas, pues el oro de los aliados y la abundancia que el comercio esparcia en Atenas fueron en último término hartos insignificantes; nunca se vieron entre los ciudadanos esas fortunas colosales que anuncian el cambio de las costumbres (1), pues el Estado fue siempre tan pobre, que los reyes del Asia se daban prisa á sostenerlo ó á sufragar los gastos de sus monumentos. Respecto de Esparta, el oro de los persas corrompió á algunos particulares, pero la república no salió de la miseria.

Yo señalaría, pues, como la primera causa de la caída de los griegos, la guerra que se hicieron mutuamente las dos repúblicas, despues que hubieron vencido á los persas. Atenas dejó de existir como Estado desde el momento en que fue tomada por los lacedemonios. Una conquista absoluta pone fin á los destinos de un pueblo, sea cual fuere el nombre que este pueblo haya podido conservar en la historia. Los vicios del gobierno ateniense prepararon la victoria del lacedemonio, pues un Estado enteramente democrático es el peor de todos, cuando es preciso combatir con un enemigo poderoso, y se necesita una voluntad única para salvar la patria. No puede concebirse una escena mas lastimosa que los furios del pueblo ateniense, mientras los espartanos se hallaban á sus puertas: desterrando y llamando alternativamente á los ciudadanos que hubieran podido salvarle, y dócil á la voz de los oradores facciosos, sufrió la suerte que por su demencia merecía; y si Atenas no fue destruida hasta en sus cimientos, es porque debió su conservacion al respeto que los vencedores profesaban á sus antiguas virtudes.

Lacedemonia triunfante, halló á su vez como Atenas, la primera causa de su ruina en sus propias instituciones. El pudor, virtud que una ley extraordinaria habia hollado para conservarla, fue destruido al fin por esta misma ley: las mujeres de Esparta, que se presentaban medio desnudas á los ojos de los hombres, llegaron á ser las mas disolutas de la Grecia; y los lacedemonios recogieron tan solo el libertinaje y la crueldad, de todas sus leyes ofensivas á la naturaleza. Ciceron, testigo de los juegos de los hijos de Esparta, nos representa á estos despedazándose entre sí con dientes y uñas. ¿Y de qué sirvieron estas brutales instituciones? ¿Sostuvieron acaso la libertad de Esparta? Ciertamente, fue un trabajo hartos superfluo el educar unos hombres á guisa de fieras, para prestar al fin torpe obediencia al tirano Nabis, y convertirse en esclavos romanos.

Los mejores principios tienen sus excesos y su lado desfavorable. Licurgo, al estirpar la ambicion en el recinto de Lacedemonia, creyó salvar su república, y la perdió. Despues de la caída de Atenas, si los espartanos hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, hubiéranse hecho tal vez señores de la tierra; y esta conjetura es tanto mas probable, cuanto que, sin aspirar á tan altos destinos, destruyeron en Asia, á pesar de su debilidad, el imperio de un gran rey. Sus

(1) Las grandes fortunas en Atenas, como la de Herodes Atico, no se formaron sino bajo el imperio romano.

victorias sucesivas hubieran impedido que una monarquía poderosa se levantase en las inmediaciones de la Grecia, para invadir las repúblicas. Lacedemonia, incorporando á su seno los pueblos vencidos por sus armas, hubiera ahogado á Filipo en la cuna de su poder; los eminentes varones que fueron sus enemigos, hubieran sido sus súbditos; y Alejandro, en lugar de nacer en un reino, hubiera salido como César, del seno de una república.

Lejos de ostentar este espíritu de grandeza y esa ambicion preservadora, los lacedemonios, contentos con haber colocado treinta tiranos en Atenas, volvieron á entrar desde luego en su valle, cediendo á esa inclinacion á la oscuridad que sus leyes les habian inspirado. No sucede respecto de una nación lo que respecto de un hombre: la moderacion en la prosperidad y el amor á la paz, que pueden convenir á un ciudadano, no labrarán la felicidad de un Estado. Es cierto que por ningun concepto debe hacerse una guerra inicua; nunca debe comprarse la gloria á espensas de una injusticia; pero el no saber aprovecharse de una posicion ventajosa para honrar, engrandecer y robustecer la patria, mas es en un pueblo una falta de genio que el sentimiento de una virtud.

¿Cuál fue el resultado de esta conducta de los espartanos? La Macedonia dominó en breve á la Grecia. Filipo dictó leyes á la asamblea de los Anfictiones. Por otra parte, el débil imperio de la Laconia, que no subsistia sino por la celebridad guerrera, y no basado en ninguna virtud positiva, se desvaneció. Epaminondas se mostró en la escena pública: y los lacedemonios, derrotados en Leuctres, se vieron en la dura necesidad de ir á justificarse ante el vencedor, de cuyos labios oyeron estas crueles palabras: *Nos brevi eloquentia vestra finem impossumus.* «Hemos puesto término á vuestra breve elocuencia.» Los espartanos debieron conocer entonces cuan provechoso les hubiera sido haber hecho un solo Estado de todas las ciudades griegas, y haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y ciudadanos. Una vez conocido el secreto de su debilidad, todo se perdió irremisiblemente para ellos, pues Filopémen dió cima á la obra comenzada por Epaminondas.

Aquí debemos ver un memorable ejemplo de la superioridad que las letras dan á un pueblo sobre otro, cuando ha hecho brillar además las virtudes militares. Puede decirse que las batallas de Leuctres y Mantinea borraron de la tierra el nombre de Esparta, mientras Atenas, tomada por los lacedemonios y devastada por Sila, no dejó de conservar el imperio del mundo. Atenas vió correr á su seno á los mismos romanos que la habian vencido, y que consideraron como un título de gloria el pasar por sus hijos: quien tomaba el nombre de Ático; quien se llamaba discípulo de Platon y de Demostenes. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio, cantan sin cesar la reina de la Grecia. «Concedo á los muertos la salvacion de los vivos,» exclama el mayor de los Césares, al perdonar á Atenas culpable. Adriano se complace en reunir á su título de emperador el de arconte de Atenas, y multiplica las obras maestras en la patria de Pericles; Constantino el Grande se regocija de tal modo de que los atenienses le hayan erigido una estatua, que colma su ciudad de mercedes; Juliano vierte lágrimas al dejar la Academia; y cuando triunfa, cree deber su victoria á la Minerva de Fidas. Los Crisóstomos, los Basilos y los Cirilos, acuden, como los Cicerones y los Áticos, á estudiar la elocuencia en su manantial; hasta en la edad media Atenas es denominada la *Escuela de las ciencias y del genio*; y cuando Europa despierta del letargo de la barbarie, su primer grito tiene por objeto á Atenas. «¿Dónde está?» preguntan todas las naciones. Y al saberse que sus ruinas subsisten aun, corren á ellas cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre.

¿Cuánto se diferencia esta celebridad de la que solo se cimenta en las armas! En tanto que todos los sabios repiten el nombre de Atenas, Esparta yace en el polvo del olvido; apenas se la ve en el reinado de Tiberio defender y perder un litigio de escasa valia contra los mesenianos, siendo preciso leer dos veces el pasaje de Tácito para cerciorarse de que habla de la famosa Lacedemonia. Algunos siglos despues, se encuentra una guardia espartana al lado de Caracalla; triste honor que parece anunciarnos que los hijos de Licurgo habian conservado su nativa ferocidad! Finalmente, Esparta se trasforma en el Bajo-Imperio, en un principado ridículo, cuyos jefes toman el nombre de *déspotas*, que habia llegado á ser el título de los tiranos. Algunos piratas que se dicen los verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman en la actualidad toda la gloria de Esparta.

No he tratado bastante á los griegos modernos para atreverme á formular una opinion relativamente á su carácter. Sé que es sobrado fácil calumniar á los desgraciados, y que nada es mas sencillo que decir al abrigo de todo peligro: «¿Por qué no rompen el yugo que les abruma?» Todos pueden abrigar estos elevados sentimientos y esta orgullosa energia en el rincón de su hogar. Por otra parte, las opiniones decisivas abundan en un siglo en que de nada se duda, excepto de la existencia de Dios; pero como los juicios generales que versan sobre los pueblos, son con harta frecuencia desmentidos por la experiencia, me abstengo de emitir una opinion acerca del particular. Creo únicamente que se conserva todavía mucho genio en Grecia, y que nuestros maestros en todo género están en ella; como creo tambien que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, lo cual no quiere decir que los hombres superiores se hallan en el día en Roma.

Temo, sin embargo, que los griegos no estén dispuestos á romper en breve sus cadenas. Aun cuando se emancipen de la tiranía que les agobia, no perderán en un instante la honda marca de sus cadenas. No solo han sido quebrantados bajo el peso del despotismo, sino que há dos mil años que existen como un pueblo envilecido y desgraciado. No han sido renovados, como el resto de Europa, por unas naciones bárbaras; lejos de esto, la nacion misma que los ha conquistado ha contribuido á su corrupcion. Esa nacion no ha introducido entre ellos las rudas y salvajes costumbres de los hombres del Norte, sino las muelles y voluptuosas de los hombres del Mediodia. Prescindiendo del crimen religioso que los griegos hubieran perpetrado al abjurar sus altares, nada hubieran ganado sometiéndose al Alcoran. El libro de Mahoma no consigna principio alguno de civilizacion, ni precepto que pueda elevar el carácter: ese libro no predica ni el odio á la tiranía, ni el amor á la libertad. Al seguir el culto de sus dueños, los griegos habrian renunciado á las letras y á las artes, para convertirse en soldados de la Fatalidad y obedecer á ciegas el capricho de un árbitro absoluto; hubieran pasado su existencia talando el universo, ó durmiendo sobre una alfombra entre mujeres y perfumes.

La misma imparcialidad que me obliga á hablar de los griegos con el respeto que se debe al infortunio, me hubiera impedido tratar á los turcos con la severidad con que lo hago, si solo hubiese visto en ellos los abusos hartos comunes en los pueblos vencedores; pero por desgracia los soldados republicanos no son señores mas justos que los satélites de un déspota; y un procónsul no era menos avaro que un pachá (1).

(1) Los romanos, á semejanza de los turcos, acostumbraban reducir los vencidos á la esclavitud. Si debo decir todo lo que opino sobre esto, creo que este sistema es una de las causas de la superioridad que los grandes hombres de Atenas y de Roma tienen sobre los grandes hombres de los tiempos modernos. Es indudable que el hombre no puede gozar de

Pero los turcos no son unos opresores ordinarios, aunque hayan encontrado apologistas. Un procónsul podía ser un monstruo de lascivia, de avaricia y de crueldad; pero no todos los cónsules se complacian por sistema y espíritu de religion en destruir los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar árboles, en talar las mieses y en esterminar generaciones enteras; pues bien: esto es lo que hacen los turcos mientras viven. ¿Podría creerse que hay en el mundo tiranos bastante estúpidos para oponerse á toda mejora en las cosas de primera necesidad? Si un puente se desploma, no se rehabilita; si un hombre repone su casa, es víctima de un atropello. He visto á algunos capitanes griegos esponerse á un naufragio, saliendo al mar con unas velas hechas girones; ¡tanto temian mostrar alguna comodidad, si reparaban su velamen! Finalmente, si yo hubiese reconocido en los turcos unos ciudadanos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque poco generosos para con las naciones conquistadas, hubiera enmudecido, limitándome á deplorar interiormente la imperfeccion de la naturaleza humana; pero encontrar á la vez en un mismo hombre el tirano de los griegos y el esclavo del gran-señor; el verdugo de un pueblo indefenso y la servil criatura á quien un pachá puede despojar de sus bienes, encerrar en un saco de cuero y arrojar al mar, esto es intolerable, y no conozco fiera alguna que no deba ser preferida á un hombre de esta ralea.

El lector verá que me entregaba en el cabo Sunio á ideas novelescas; ideas que la hermosura de la escena hubiera podido, no obstante, hacer nacer. Próximo á abandonar la Grecia, me retrataba naturalmente la historia de este país; procuraba descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su actual decadencia; y en su triste estado presente los gérmenes de sus futuros destinos. El creciente choque del mar contra el peñasco me advirtió que el viento se habia levantado, y que era tiempo de continuar mi viaje. Desperté á José y á su compañero, y entramos en el barco, pues nuestros marineros habian hecho ya los preparativos de la partida. Hicimos á la vela, y la brisa terral nos impelió rápidamente á Zea. A medida que nos alejábamos, las columnas de Sunio se mostraban mas hermosas sobre las olas; descubriáselas perfectamente sobre el azul del cielo, á causa de su estremada blancura y de la serenidad de la noche. Estábamos ya á bastante distancia del cabo, y aun resonaba en nuestro oído el murmullo de las ondas que se estrellaban al pié del peñasco, el sordo rumor de los vientos á través de los enebros, y el monotonó canto de los grillos, únicos habitadores en la actualidad de las ruinas del templo; estos fueron los últimos rumores que oí en el suelo de la Grecia.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE AL ARCHIPIÉLAGO, LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

CAMBIABA de teatro: las islas que iba á atravesar eran en la antigüedad una especie de puente arrojado

todas sus facultades intelectuales, sino cuando se ve libre de los cuidados materiales de la vida; y solo se está enteramente libre de estos cuidados en los países donde las artes, los oficios y las ocupaciones domésticas están abandonadas á los esclavos. El servicio del hombre asalariado, que nos deja cuando le place, y cuyas omisiones ó vicios nos vemos precisados á sufrir, no puede ser comparado con el servicio del hombre cuya vida y muerte están en nuestra mano. Es asimismo indudable que el hábito del mando inspira al ánimo cierta elevacion, y á los modales cierta nobleza que jamás se adquiere en la familiar igualdad de nuestras ciudades. Pero no echemos de menos esa superioridad de los antiguos, puesto que era preciso comprarla á costa de la libertad de la especie humana, y bendigamos eternamente al Cristianismo, que ha roto los hierros del esclavo.